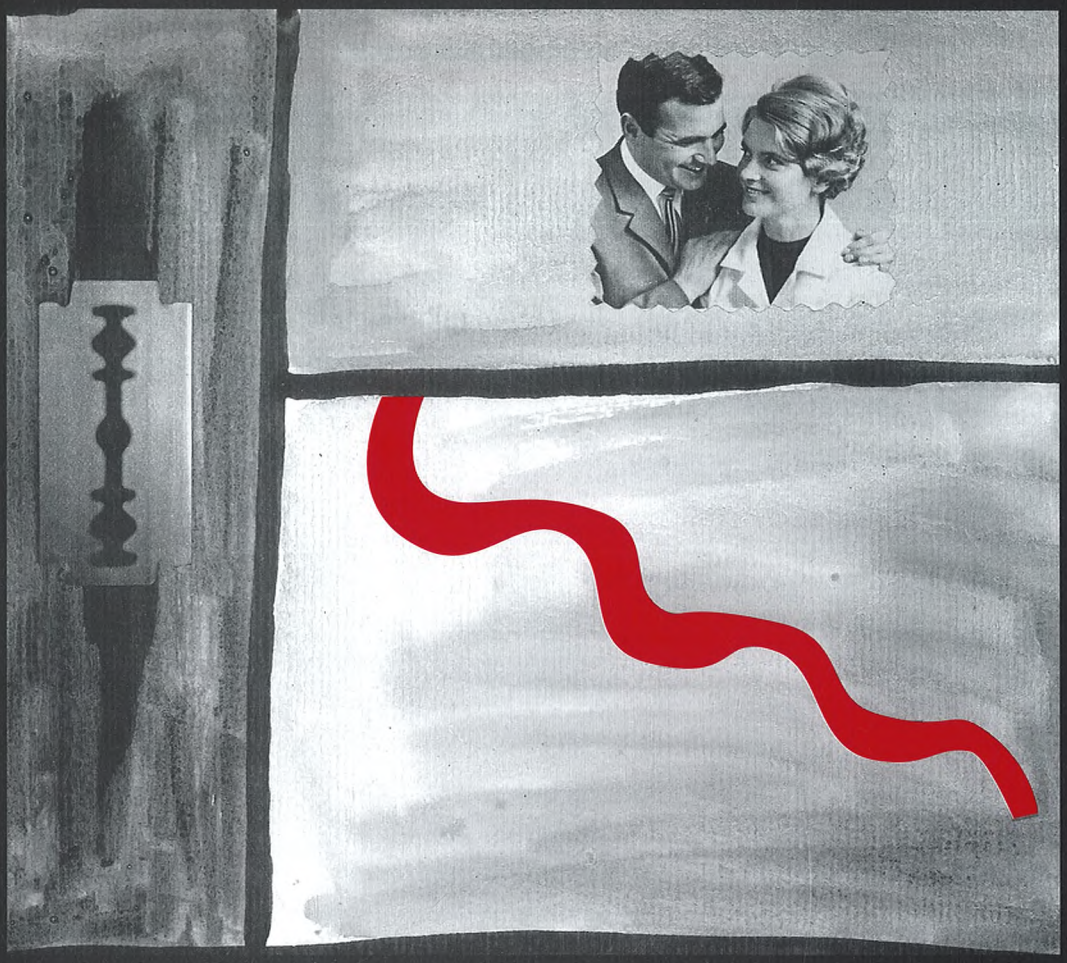


ÁNGEL CRESPO, CRÍTICO LITERARIO: POÉTICA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Jaume Pont

Ángel Crespo llevó a cabo una labor crítica varia y extensa en la que pueden observarse, perfiladas con claridad meridiana, las claves de su pensamiento poético y crítico. En esa instancia, los campos de interés temático se complementan en múltiples ocasiones, de tal modo que la focalización crítica que los guía, amparada siempre en la literatura comparada y un discurso expositivo eminentemente ensayístico, muestra —como veremos— constantes inequívocas. Además de sus esenciales ediciones y estudios sobre Dante Alighieri, Fernando Pessoa, Juan Ramón Jiménez o el duque de Rivas recogidos

en libro —*Aspectos estructurales sobre de El moro expósito del Duque de Rivas* (1977) y *El duque de Rivas (1986)*, *Conocer Dante y su obra* (1979), *Juan Ramón Jiménez y la pintura* (1974), *Estudios sobre Pessoa* (1984) y *La vida plural de Fernando Pessoa* (1988), entre otros—, resultan fundamentales en su trayectoria crítica cuatro colecciones de ensayos: *Poesía, invención y metafísica* (1970), *Las cenizas de la flor* (1987, 2008), *Por los siglos* (2001) y *El poeta y su invención* (2007), las dos primeras publicadas en vida del autor y las dos últimas póstumas.[1] El corpus textual de estos cuatro últimos volúmenes nos servirá, en las páginas que siguen, para caracterizar el itinerario de ese viaje de iniciación que, a nuestro modo de ver, constituye la labor crítica de Ángel Crespo.

Ensayos, artículos, notas, reflexiones, prólogos y conferencias se articulan en los cuatro volúmenes citados siguiendo una serie de coordenadas o centros de interés que relacionamos a continuación. a) En primer lugar conviene destacar aquellos ensayos que versan sobre los tres autores centrales de la obra crítica crespiana: Dante, Pessoa y Juan Ramón Jiménez. De Dante y el estudio de la *Comedia*, por ejemplo, realiza Crespo una revisión crítica que actualiza, junto a la metáfora moral y teológica del inmortal poema, su dimensión poético-estética. Dicho revisionismo sostiene también los ensayos sobre Pessoa —ensayos en los que, poniendo en claro la complejidad de no pocos tópicos vertidos a propósito del poeta portugués, se elucidan su esoterismo de raíz gnóstica, el mesianismo sebastianista, el nudo gordiano del *drama em gente* y, por supuesto, su heteronimia— y los de Juan Ramón, dominados estos por la fundamental edición que Crespo realizara de *Guerra en España* (1985) o por su reflexión sobre el neoplatonismo de la lírica del moguereño, a partir de la cual es posible "establecer una gradación de temas y motivos que van de lo decididamente esotérico a la iluminación poética de lo cotidiano".[2] b) Como humanista inveterado que era, Crespo dedicó una buena parte de sus esfuerzos al estudio de la poesía latina y neolatina europea, y sus derivadas en la tradición clásica de la literatura occidental de la Edad Media y del Renacimiento. Sus conocimientos en este campo, de honda raigambre, se materializan en toda su crítica y, muy en particular, en una serie de ensayos alrededor del ciclo carolingio, Turoldo y el *Cantar de Roldán*, la *Cansó de Crozada* o Petrarca y su *Cancionero*. c) Un tercer grupo lo ocuparía la amplia miscelánea crítica sobre poetas, pensadores libertinos o filósofos —de Sade a Nietzsche o Schopenhauer;

1 *Poesía, invención y metafísica*, Universidad de Puerto Rico, Mayagüez, 1970; *Las cenizas de la flor*, Júcar, Madrid 1987 (y Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Albacete, 2008); *Por los siglos. (Ensayos sobre literatura europea)*, Pre-textos, Valencia, 2001; y *El poeta y su invención*, Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2007.

2 Ángel Crespo, "La realidad invisible", en *El poeta y su invención*, *op. cit.*, p. 228.

Ángel Crespo con los escritores portugueses Eugenio de Andrade y Arnaldo Saraiva en Oporto (Portugal) en 1994

de Gerald M. Hopkins a Mallarmé o Ungaretti; de Henri Michaux a Jorge de Sena, Joao Cabral de Melo, Eduardo Chicharro o Carlos Edmundo de Ory—, a través de los cuales nuestro autor proyecta no pocas de las complicidades o afinidades estéticas de su poética. d) Otro enclave decisivo lo ocupan los textos que reflexionan sobre poesía y poética de la modernidad —con los magistrales "Lectura de lo oscuro" y "Vanguardia y tradición en la poesía de fin de siglo" en su vértice—,[3] en los que por un lado se hace patente la implicación personal y generacional del autor y, por otro, la relectura de la poesía española del siglo XX desde una perspectiva crítica que enaltece ante todo la imaginación creadora, más allá de los supuestos de cierto realismo restrictivo y empobrecedor. e) En paralelo a este supuesto último se mueve el grueso de ensayos postulados como una más que

3 Ambos ensayos incluidos en *Por los siglos*, *op. cit.*, pp. 225-230 y 231-238 respectivamente.

plausible reivindicación del papel jugado por las vanguardias históricas y la neovanguardia —reivindicación que ocupa un espacio central en la poética crespiana desde los tiempos del Postismo—, en una asunción parecida a lo que Octavio Paz llamara la tradición de la ruptura. f) Dicha función reivindicativa acompaña también diversos ensayos sobre textos literarios marcados por la huella del simbolismo universal y el esoterismo, el hermetismo y la alquimia, divisa distintiva que informa toda la labor poética y crítica de Crespo. Un supuesto que —no lo olvidemos— conlleva tanto una relectura no canónica, y por tanto heterodoxa de autores "raros" u olvidados, como la búsqueda de aquellos lugares recónditos no señalados por la crítica en los autores canónicos. g) ¿Y qué decir de un numeroso elenco de artículos que, al amparo de la extraordinaria labor traductora del autor, glosa las razones hermenéuticas de numerosos estudios y antologías sobre la poesía europea o americana? Allí encontrará el lector los pormenores que llevaron a Crespo a adentrarse en literaturas tan olvidadas como las retorromanas o en su reconocidísima labor a propósito de las literaturas latina y neolatina, catalana, francesa y, por encima de todas, la portuguesa, la brasileña y la italiana. h) Un aspecto que tratándose de uno de los mejores traductores españoles del siglo XX nos conduce directamente a aquellos ensayos críticos que abordan los problemas de la traducción, concebida esta como obra original del poeta traductor y, al tiempo, como una suerte de heteronimia. i) Todo este complejo y riquísimo abanico de la crítica literaria de Ángel Crespo desemboca, en último término y a modo de síntesis autorreferencial, en varios textos teóricos, autobiografías, poéticas del autor y autolecturas —entre ellos el insustituible "Mis caminos convergentes"— fundamentales para entender el alcance de su ideario poético.

La crítica literaria como pensamiento *poetizante*

Comprenderá el lector que nuestra idea en este breve artículo no pretende, ni mucho menos, agotar el vasto alcance del titular que lo encabeza. Nos contentamos con ahondar en la poética de nuestro autor a partir de las constantes observadas en sus ensayos críticos; o dicho de otro modo e invirtiendo los términos: ver como se ponen de manifiesto en sus textos de crítica literaria las principales líneas maestras de su poética. Así pues nos interesa, por encima de todo, clarificar en lo posible esa operación de vasos comunicantes que, a nuestro parecer, preside toda su labor crítica. Una operación en la que confluyen el pensador y el poeta, el crítico y el traductor, en

marbetes lo suficientemente explícitos: acendrado humanismo; supuesto comparatista y enciclopédico de una visión cultural europea y universalista; propuesta más que evidente de un itinerario intelectual transfronterizo —aglutinando culturas, lenguas y literaturas diversas, con el lusitanismo en un lugar central—; y, en fin, acendrada defensa de la modernidad de lo clásico o, en su reverso, del experimentalismo y la actitud de la vanguardia como tradición.[4] En este sentido, no le falta razón a Pilar Gómez Bedate cuando atribuye al camino del exilio posterior a 1967 buena parte de la autoexigencia con la que nuestro poeta moldeó su pensamiento crítico. "[Si] en cierto modo el alejamiento de España le libró y le privó a un tiempo de la implicación directa en la circunstancia histórica, [no es menos cierto que] sería a través de sus traducciones y estudios de autores de su elección (convertidos en cómplices de sus propósitos) como [Crespo] encauzaría la continuación de la misión de salvación colectiva de la que nunca se olvidó, mientras que para la palabra poética reservaría la tarea más íntima de guía en un camino secreto" que tendría como hito "la aventura del conocimiento"[5] y la búsqueda sin fin de la identidad propia. En estas coordenadas, en las que el exilio jugó un papel decisivo, se comprende mejor la casi exclusiva dedicación a la poesía en sus ensayos y la asimilación que llevó a cabo nuestro autor de las culturas —presentes tanto en su poesía como en sus trabajos críticos y traducciones— de los países en que vivió.

Si estrechamos el círculo, observaremos que tales coordenadas quedan vinculadas al enorme relieve que nuestro autor otorga —en una mirada crítica que abarca los últimos veinte siglos de nuestra historia— a las escrituras marginales y al concepto de un "realismo mágico" que va más allá del tópico e interactúa como postulación de una literatura de imaginación creadora. Es sin duda esta última creencia la que nos lleva a la que posiblemente haya que considerar la llave maestra de la crítica literaria crespiana: la defensa a ultranza de un *simbolismo universal* que bebe de fuentes esotéricas y que late genéricamente en la construcción de sentido de sus textos.[6] Todo ello acaba vertebrando un tipo de pensamiento que Bruno Rosada llama "poetizante,"[7] regido pues por la poesía como principio ético y estético.

---

4 *Vid.* Andrés Sánchez Robayna, "Ángel Crespo: Espacio, construcción, memoria", *Cuadernos de estudio y cultura, op. cit.*, pp. 41-42.

5 Pilar Gómez Bedate, "Para situar la obra de Ángel Crespo", *Ínsula*, 660, Madrid, octubre de 2002, p. 4.

6 Véase el excelente estudio de Jordi Ardanuy, *La poesía de Ángel Crespo. (Límite, símbolo y trascendencia)*, Pretextos, Valencia, 2004.

7 Bruno Rosada, "Historia de la cotidianidad en el pensamiento poetizante de Ángel Crespo", *Cuadernos de estudio y de cultura, op. cit.*,, pp. 49-52.

Ángel Crespo en su despacho de Calaceite (Teruel) en 1991. Foto de Toni Vidal

La poesía deviene así el centro espiritual, la intuición creadora que arraiga, en suma, en la palabra y sus símbolos, fundiendo los elementos contrarios para elevarlos a superior unidad. Se trata, por lo demás, de un argumento crítico muy presente en la obra poética de Crespo, sobre todo en la posterior a *El ave en el aire* (1985), donde resuena "el eco de un pensamiento antiguo y moderno, heraclitiano y hegeliano, que considera ligados indisolublemente todos los opuestos: la luz y las tinieblas, la verdad y la mentira, el Ser y la Nada, la eternidad y el tiempo, y —por recordar el título de un libro de Crespo— *Claro: oscuro*".[8] La manifiesta contradicción, como Rosada ha señalado, se resuelve entonces en una especie de *Verwindung*, esto es: en una superación que, lejos de cerrar la contradicción, la potencia en un interrogante sin fin.[9] Queda claro que, en dicho sistema, crítica y poética actúan en continuidad y, a su arrimo, dualidades como razón e intuición, materia y espíritu o pasión e inteligencia se suponen dialécticamente inseparables.

En la misma línea apuntada, y desde la vertiente de una crítica literaria libre y abierta —con magisterios cercanos a Ernst Robert Curtius, C. M. Bowra o George Steiner— en la que la literatura comparada bebe hermenéuticamente de la filología, la semiótica cultural, la estilística y la biografía, Crespo considera fundamental dejar hablar al texto sin apriorismos críticos. En su opinión las escuelas y los modelos críticos últimos, cuando se toman en un sentido absoluto, no son sino una estratagema más, barnizada a menudo de modernidad a la moda, de retórica escolástica. Caer en su trampa es coartar las posibilidades hermenéuticas de un texto: "Afortunadamente —precisa—, la literatura no se agota ante ningún análisis. Su conocimiento no tiene límites: ni principio ni fin. Es como el mar: la manera de conocerla es sumergirse en ella, navegarla, salirse y volver a entrar. Y, por otra parte, ¡qué pobre es la crítica a fuerza de querer ser científica!".[10] Entendemos pues que la crítica literaria crespiana se aborda desde una perspectiva integral, intuitiva y totalizadora, que hace de la poesía su centro de irradiación. No importa la modalidad —el estudio literario extenso, el ensayo o la nota breve—, puesto que lo importante es la poética personal que la impulsa y la guía. Se diría que todo obedece —y aquí cabría añadir el discurso fundamental de sus diarios, *Los trabajos del espíritu* (1999), el ámbito de la traducción o los centelleantes aforismos del autor— a una misma carta de navegar que tiene como hito la perquisición

8 *Ibidem*, p. 49.

9 *Ibidem*, p. 49.

10 Ángel Crespo, "Los trabajos del espíritu", en AA.VV., Ángel Crespo con el tiempo, contra el tiempo, Catálogo de la Exposición "Ángel Crespo. Con el tiempo, contra el tiempo", Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 2005, p. 55.

constante en busca de las fuentes profundas del conocimiento humano. Y precisamente, como una perquisición o guía espiritual más de esa carta de navegar, me atrevería a decir que Ángel Crespo se planteó siempre su labor de crítico literario a la manera de una *quête* de orden personal.

Alquimia, espiritualismo y hierofanía

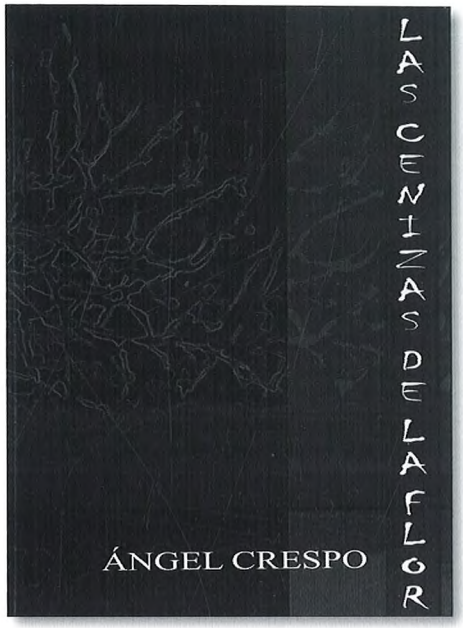
Llegados hasta aquí, será preciso considerar una noción esencial, de carácter transversal para ser más exactos, que imanta de principio a fin el ideario poético crespiano. Esa noción no es otra que la representación metafórica y simbólica de la alquimia. En realidad Crespo concibió su idea de la poesía a la manera de un sistema analógico a través del cual se abre "la posibilidad de una metamorfosis personal mediante la actividad del espíritu".[11] Así considerada, la poesía viene a articularse como principio de acción y de pensamiento o, si se quiere, como una supraconciencia que guía la interpretación del mundo. Toda actividad del espíritu era para nuestro autor hija de la poesía y, en consecuencia, toda práctica de la crítica literaria pasaba ineludiblemente por la creación y la transformación poéticas. Pensar es pues poetizar; o, lo que es lo mismo: el pensamiento crítico se conjetura como un pensamiento, una vez más, poetizante.

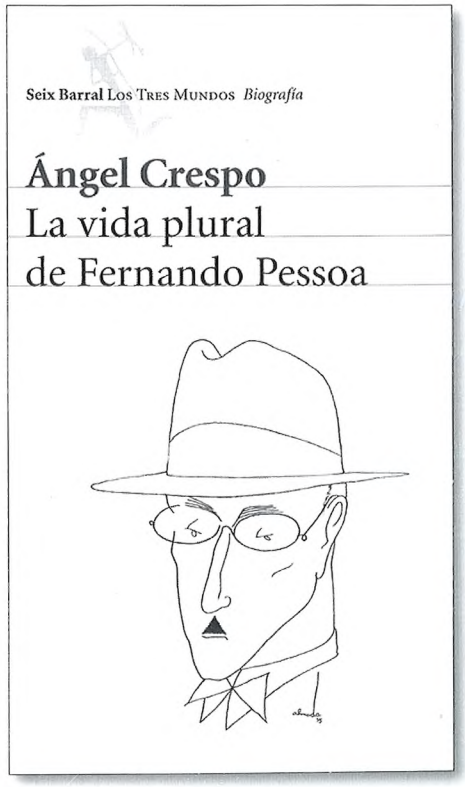
Vistas así las cosas, la piedra filosofal o centro espiritual de esa metamorfosis alquímica reside en la misma condición humana, en su libertad para pensar y crear, y, por extensión, en el poder transmutador, alquímico, de la poesía. La palabra crítica pretende ser una palabra fundadora, en el mismo sentido que lo es la palabra poética. Eso explica que Crespo parezca reclamar en todos sus trabajos críticos una suerte de transformación personal que profundiza tanto en el ser del sujeto agente de dicha crítica, él mismo, como en su objeto de contemplación. Dicho planteamiento alquímico —planteamiento que pone de manifiesto la continuidad entre su poética y los centros de interés de sus ensayos— puede observarse desde los trabajos más tempranos. De ahí el rastro permanente de ese universo tan particular de poetas en los que Crespo cree encontrar, a lo largo y ancho de su labor crítica, lo que podríamos conjeturar como un legado alquímico ejemplar, caso de Dante, Pessoa o Jorge de Sena, sin olvidar la moderna tradición neobarroca (Gerard Manley Hopkins) o simbolista (Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Juan Ramón Jiménez) y sus derivas vanguardistas (Vicente

11 Pilar Gómez Bedate, *op. cit.*, p. 4.

Huidobro, Henri Michaux, Juan Eduardo Cirlot, Carlos Edmundo de Ory, Eduardo Chicharro, Jaume Palau i Fabre..., entre otros muchos oficiantes).

En ese complejo juego alquímico en el que la crítica camina asociada a la poesía y esta al conocimiento del mundo, el poeta es indudablemente el alquimista; la mente se reconoce asimismo como el espíritu encarnado que bulle en la alquitara del texto crítico, presta siempre a transformar y transformarse; y, por fin, la palabra crítica —poética, como hemos dicho, en su raíz más profunda— oficia a la manera de piedra transmutada en el oro puro del espíritu de la poesía. En su ensayo de 1981 "Una lectura alquímica de las *Metamorfoses* de Jorge de Sena", Crespo es diáfano en este sentido: "Me atrevo a glosar —precisa— que la piedra filosofal, según Jorge de Sena, o bien es el espíritu del poeta que, en principio, es libre y a él solo pertenece, o bien es la palabra poética —precipitado último, piedra filosofal, pues, del espíritu".[12] Ese trasvase continuo de su escritura poetizante, entre palabra poética y palabra crítica en definitiva, se convertirá en una de sus divisas más representativas: "Lo que me integra —decía—, el centro, la piedra angular, el polo de mi personalidad está siendo, cada vez más claramente: la poética y la crítica".[13] Ambas





12 "Una lectura alquímica de las *Metamorfoses* de Jorge de Sena", en *Por los siglos*, *op. cit.*, p. 217.

13 Ángel Crespo, "Poética y poemas", en Ángel Crespo con el tiempo, contra el tiempo, *op. cit.*, p. 53.

manifestaciones se entienden una vez más como articulaciones de un mismo centro espiritual y, en rigor, no admiten distinción porque son la continuidad, o si se quiere la extensión, de una misma cosa: el poeta y su pensamiento crítico. Es la conciencia de poeta la que atrae, en un proceso de interrelación constante, al intelectual y al humanista, al crítico de la literatura y al crítico de arte, al historiador y al ensayista o traductor. Ese es el centro espiritual de Crespo: conocer y ahondar en las cosas para desvelar su realidad más profunda. ¿Estamos hablando de un centro hierofánico? Pues bien, si por hierofanía entendemos la manifestación de lo arcano o sagrado, no cabe duda que el concepto crespiano de poesía, entendido como principio esencial de conocimiento —"Si sabes perfectamente lo que estás diciendo, no continúes tu poema, rómpelo"—, se vincula a una actividad eminentemente hierofánica. Y del mismo modo, y dado que el pensamiento crítico de nuestro autor es ante todo poetizante, nada impide calificar también el extenso campo de su crítica literaria de hierofánico. Para Crespo no hay verdades, hay interrogaciones. La crítica literaria, y con ella cualquier tentativa de conocimiento del mundo, conlleva ineludiblemente la realidad de la poesía tenaz interrogación: una realidad, en definitiva, espiritual, mágica, esotérica, hermética, alquímica...

Desde su etapa fundacional en el Postismo, la poética de Crespo se ha afirmado, con variantes múltiples, en una tradición, para decirlo con su admirado George Steiner, *extraterritorial*.[14] Como ha estudiado José María Balcells, esta idea vertebradora no invalida su andadura poética por los caminos del realismo social de los años 50 y 60, a la que nuestro autor, huyendo de hieratismos temáticos y de retóricas manidas, siempre supo dar su sello personal, abocado preferentemente a la puesta en relieve del misterio y la magia de lo cotidiano ordinario (realismo mágico).[15] Lo esencial de dicha poética, en la que su trabajo como crítico literario ocupa un lugar señero, reside en la lectura de la clave esotérica del mundo y su traducción en símbolos, como principios poéticos de iluminación y de conocimiento trascendente. La realidad poética es un sondeo permanente en lo oscuro: "No se trata, pues, de oponer el simbolismo al realismo, puesto que todos los símbolos se fundamentan inevitablemente en lo real, sino de entender al realismo como una revisión o recreación constantes de la herencia simbolista, de la misma manera que se debe revisar el acervo de los símbolos tradicionales para ordenarlos realistamente a nuestras actuales circunstancias y aspiraciones".[16] Desde este supuesto,

---

14 *Vid.* "Lectura de lo oscuro", en *Por los siglos, op. cit.*, p. 230.

15 Véase José Mª Balcells, *Poesía y poética de Ángel Crespo*, Prensa Universitaria, Palma de Mallorca, 1990.

16 Ángel Crespo, "Vanguardia y tradición en la poesía de fin de siglo", en *Por los siglos, op. cit.*, 236.

la palabra creadora de Crespo, lejos de cierto integrismo cultural español basado en la cerrazón y el inmovilismo realistas, se afirma en el convencimiento de que solo mediante una mirada poética amplia, abierta e integradora será posible la regeneración del individuo y de la sociedad.

Los símbolos, los mitos, o los dioses, entendidos estos últimos como "manifestaciones de la unidad que todo lo trasciende",[17] habitan de forma permanente los textos críticos crespianos. En ellos —dioses, símbolos, mitos— late la clave esotérica del mundo o, dicho de otro modo, la posibilidad de acercamiento a ese lado oculto no reductible a la razón. Para Crespo, lo esencial de la verdad no reside en la realidad manifiesta de las cosas, sino en su latencia espiritual, enigmática o maravillosa. Si "el símbolo es un compuesto de signo y de misterio",[18] resulta obvio que el signo lo leemos con la razón y el misterio con la intuición. Prescindir de la segunda de estas partes es dar una versión limitada de la realidad. Esta idea, fundada como instrumento de conocimiento —mágico, esotérico, hermético, alquímico—, es el nudo gordiano de la crítica literaria de Crespo, impulsada, como este reconoció en repetidas ocasiones, por el problema del simbolismo universal. El pensamiento crítico trataría así de "ir robándole parcelas a la parte

17 Ángel Crespo, "La poesía es un camino que no se elige", en *El poeta y su invención, op. cit.*, p. 23.

18 Ángel Crespo ", ¿Qué es la poesía?", en *El poeta y su invención, op. cit.*, p. 36.

oscura [de la realidad] para convertirla en luminosa".[19] Y ese, y no otro, es el reto que nos propone Ángel Crespo en el vario camino de *Poesía, invención y metafísica*, *Las cenizas de la flor*, *Por los siglos* o *El poeta y su invención*. De las aventuras críticas que nos legaron los poetas de la segunda mitad del siglo pasado, solo unas pocas le son comparables. Pocas, también, le resultarán al lector tan estimulantes.

19 *Ibidem.*, p. 35.